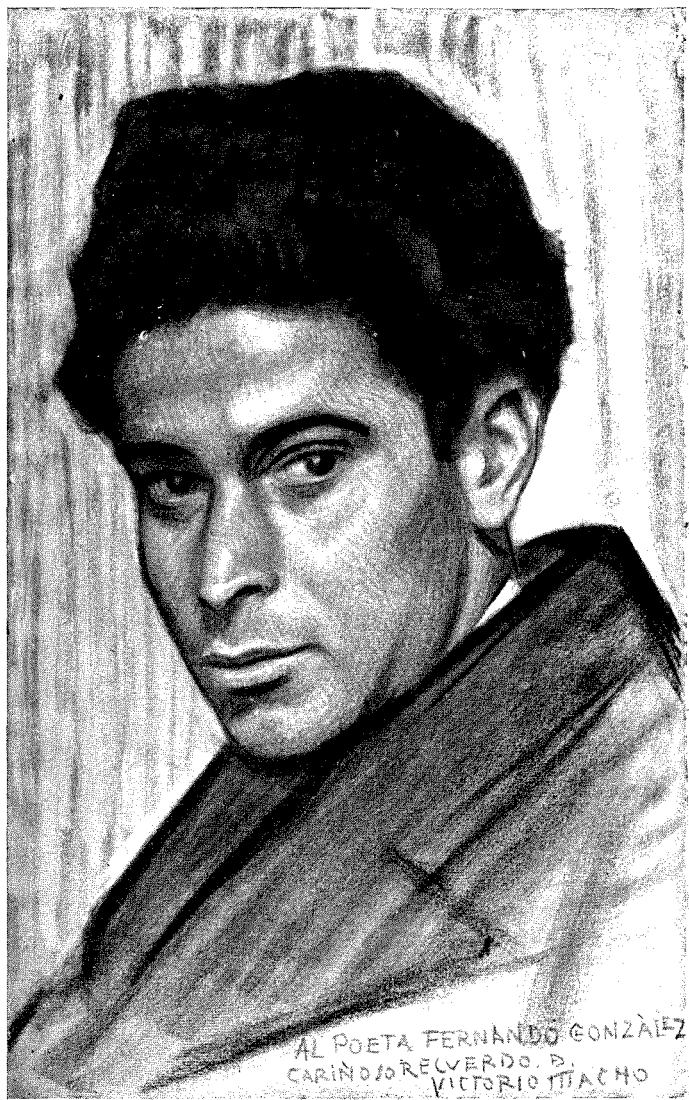


FERNANDO GONZÁLEZ

MANANTIALES
EN LA RUTA

POESÍAS

MADRID - 1923



AL POETA FERNANDO GONZÁLEZ
CARINOSO REVERDO. D.
VICTORIO TIACHO

Fernando González

Manantiales en la Ruta

Poesías

(1918 - 1921)

Versos iniciales, por
TOMÁS MORALES

Retrato del poeta, por
VICTORIO MACHO

MADRID - 1923

**ES PROPIEDAD.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.**

**COPYRIGHT BY
FERNANDO GONZÁLEZ, 1923.**

A FERNANDO GONZÁLEZ

(En el libro *MANANTIALES EN LA RUTA.*)

YO sé que hay bravas gentes que desdennan
el verbo noble y la ideal medida;
para esos pobres seres que no sueñan
¡qué poca cosa debe ser la vida!

.....

TOMÁS MORALES.

El gran poeta Tomás Morales preparaba el prólogo de este libro cuando le sorprendió la muerte. Al ocurrir la tremenda desgracia tenía escrita solamente la admirable estrofa que ocupa la presente página. El poeta, como un homenaje al ilustre amigo, y en su propio honor, coloca al frente de su obra esos cuatro versos, que tan amargas circunstancias agrandan, dándoles el valor y las dimensiones de la epístola con que Tomás Morales pensó honrar el vestibulo de *MANANTIALES EN LA RUTA.*

HOMENAJE

A Andrés González Montesdeoca
y María Francisca Rodríguez,
mis padres.

TENGA hoy mi voz la cálida ternura
que tuvo, el dulce ayer, a vuestro lado,
y os dijo „¡adiós!“, una mañana pura,
cuando partí de nuestro hogar amado. . .

¡Salí de nuestro hogar! Fué mi destino
lejano; mas yo fui cuerdo en exceso:
mientras más avanzaba en mi camino,
más pensaba en un próximo regreso.

La voluntad de mi alma peregrina,
hoy a vuestro regazo me encamina. . .
¡Yo llego tembloroso a los umbrales! . . .

No vengo rico de laurel ni oro;
sólo os traigo un romántico decoro
y el agua fresca de mis *Manantiales*.

SEMBRADOR

SEMBRÉ todos mis campos cuando el invierno vino,
mas Dios no me dió el agua que germinara el grano.
Estoy sentado a orillas de mi árido camino,
sin voluntad ni espíritu, sin corazón ni hermano. . .

Aquí he pasado el tiempo pensando en que el destino
cambiara. . . ¡Pero ha sido todo esperar en vano!
¡Ay, pobre del que espera vivir del pan divino
y no sabe o no quiere ganarlo con su mano!

LOS HERMANOS

A MARÍA FRANCISCA, MI MADRE

I

AYER

MADRE: De no sé dónde vienen a mi memoria,
cual si fueran ahora, los ayeres perdidos,
cuando tú cada noche contabas una historia
para que nos quedáramos, a su influjo, dormidos. . .

Cosías al amparo de la lámpara amante
la ropa nuestra; el tiempo pasaba por la puerta
de casa; el padre estaba en un país distante,
y nuestra infancia humilde al porvenir despierta. . .

Tú hilabas cada día la rueca de tus penas.
¡Al nacer, la pobreza nos ató sus cadenas;
nos castigó el destino con las más duras leyes!

¡Y sin embargo, madre, supimos de alegría,
pensando que tendríamos zapatos, algún día,
que poner tras la puerta la víspera de Reyes!

II

HOY

ENTRA por las ventanas el sol de mediodía.
En la casa hay aromas de juventud y ensueños.
Y así a tus hijos siempre los halla el nuevo día
hilando el copo blanco del lino de sus sueños:

Uno, abstraído, piensa en un país lejano;
otro adora el prestigio de un armazón de guerra;
éste, el más pobre, dice un verso castellano,
y los demás se rinden al culto de la tierra. . .

Mañana irán saliendo de este rincón oscuro. . .
Sus frentes son antorchas que alumbran ya el futuro. . .
¡Vese en sus corazones el entusiasmo arder!

. . . ¡Salen! Van a la guerra común contra el destino.
¡Velos perderse en una revuelta del camino. . .
y hasta Dios sabe cuándo los volverás a ver. . . !

III

MAÑANA

TODOS irán llegando de remotos países.
Aún sus labios sabrán decir frases sinceras.
En la desilusión de sus cabezas grises
harán brotar tus manos lejanas primaveras.

Tu pensamiento, entonces, será una hoguera viva
en la que el tiempo queme los años transcurridos
desde que abandonamos la vivienda nativa,
y por extrañas sendas nos lanzamos, perdidos. . .

¡Ya no serás la madre del rezo y la consejal!
Serás, entre tus hijos, cual la hermana más vieja. . .
Todos encontrarán acomodo a tu lado.

Y cuando ya presidas el familiar concierto,
acaso suene el nombre de algún hermano muerto
que fué poeta, herrero, labrador o soldado. . .

VERSOS DEL CAMINO, DEL HOGAR
Y DEL PUEBLO

A MANOLO GONZÁLEZ CABRERA

Es la carretera para mí un camino
por donde viajo con el corazón,
al par que en lo ignoto soy un peregrino
que lleva en sus alas la imaginación.

Llena es la campiña de árboles frutales,
bajo sus ramajes se escucha una voz,
y las amapolas entre los trigales
parecen las huellas de un delito atroz.

Ladran los mastines de viejos pastores,
y el alma recoge sus dulces ladridos,
que para su amable ternura son flores,
rumores de fuentes y cantos de nidos. . .

¡Casas de la orilla de la carretera
de techos bermejos y puertas cerradas,
tenéis el cariño de mi alma viajera
oculto en el polvo de vuestras fachadas!

¿No hay una muchacha bella y ruborosa
que se asome al marco de vuestras ventanas,
cuando es oro el cielo y es la tarde rosa,
y en los corazones hay son de campanas?

MANANTIALES EN LA RUTA

¿Qué viajero extraño la suerte ha tenido
de escuchar un canto tras esas vidrieras,
en cuyos cristales el polvo ha vencido
a todas las brisas de las primaveras?

¿Qué sol, de qué día, de qué mes del año,
penetró en el fondo de estas casas viejas,
que en silencio dicen historias de antaño
que aún guardan sus largas techumbres bermejas?

... Los caballos trotan arrastrando el coche,
mis ojos se pierden en la lejanía,
los montes azules anuncian la noche
y en el alma brota la melancolía.

¡Los árboles verdes se quejan al viento...
el mar torna oscuro su azul cristalino;
mi corazón tiembla, y mi pensamiento
recoge el encanto de todo el camino...!

EL POETA REGRESA ENFERMO

Para JULIÁN TORÓN

EN dónde está la salud
que traje ayer de mi pueblo?
Hacia el paraje nativo
voy por el viejo sendero,

por donde ayer, fugitivo,
fuí a buscar caminos nuevos. . .
Tenía diez y seis años;
era un pálido mancebo

que jugaba con los niños
y charlaba con los viejos. . .
Un amor muerto tenía
en lo más hondo del pecho. . .

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

Yo amaba, y de tanto amar
me iba muriendo en silencio. . .
Yo fui el mejor de la casa
— todos en casa eran buenos —,

y cuando hablaba, tenía
todo el corazón abierto. . .
La inmensa melancolía
que flota sobre mi pueblo,

la recogí y encerréla
en la prisión de mis versos.
Y así, por este motivo,
iba cantando, en silencio,

el dolor que otros sentían
en sus almas y en sus cuerpos.
¡Divina melancolía,
más grande que el pensamiento!

Mi corazón era un niño
y te dió asilo en su huerto;
él te enseñó a ti a ser niña,
tú le enseñaste a ser viejo. . .

FERNANDO GONZÁLEZ

Y en mis canciones había,
siempre, un extraño concierto
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Salí del pueblo nativo
buscando caminos nuevos...
Mi corazón iba limpio,
lleno de un júbilo inmenso,

soñando, soñando... ¡tanto
que aquel futuro es, hoy, sueño...!
La mañanita de junio
era de oro y de embeleso,

el cielo era como el mar
y el mar era como el cielo...
Yo era una gran mariposa
con alas de pensamientos.

Por el camino de hoy
iba al mañana directo...
"¡Mañanal" ¡Y era mi alma
un ruiseñor prisionero...!

MANANTIALES EN LA RUTA

Por el inmenso camino
iba murmurando versos
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Hoy vuelvo al solar nativo
por el antiguo sendero...
El alma está todavía
hilando copos de ensueño,

la ilusión es infinita
y el corazón más abierto...
¡Pero el dolor de la carne
me va consumiendo el cuerpo...!

Con el rostro demacrado
doy la sensación de un muerto...
Tengo los ojos hundidos,
como mirando hacia dentro;

las manos muy amarillas
y corto el andar ligero...
Pero contra el cuerpo, que es
materia y es pasajero,

lo que es eterno culmina:
corazón y pensamiento. . .
Sobre el dolor de la carne,
que van mordiendo unos perros

desconocidos, el alma
se pierde mucho más lejos
que cuando por vez primera
fué a buscar caminos nuevos. . .

Los eucaliptus gigantes
y los verdes limoneros
pondrán una savia virgen
en las venas de mi cuerpo. . .

Mi cuerpo será una cárcel
para el dolor traicionero.
Y una mañana de abril,
llena de aromas y viento,

saldré del pueblo nativo
por el ya andado sendero,
siendo todo corazón,
esperanza y pensamientos.

MANANTIALES EN LA RUTA

Habrá en la mañana azul
son de campanas y besos,
y cantar n las alondras
y yo ir  diciendo versos.

Y atrás quedará la casa
esperando mi regreso,
para tener alegría
y florecer de recuerdos. . .

 Y estará el alma en la casa
cuando est  el cuerpo más lejos. . . !

1918.

FERNANDO GONZÁLEZ

CAMINO DEL PUEBLO NATIVO

A RAFAEL CABRERA

EL pesado carruaje emprende su camino
por la gris carretera de mi pueblo lejano...
Yo voy en él, llevado por mi inquieto destino;
el corazón temblando de amor, bajo mi mano.

Es invierno, y la tarde sin sol tiene una pura
tristeza, que me llega al alma dulcemente,
y mi alma, que fué siempre un panal de ternura,
parece que musita melancólicamente...

Y el dolor de la tarde se prolonga infinito
por la senda infinita de mi alma serena,
y parece que tiemblan los montes de granito
ante el presentimiento de una idéntica pena.

MANANTIALES EN LA RUTA

Atrás se va quedando la ciudad que vigila
a las naves que portan el tráfico moderno,
y el coche avanza hacia una ciudad tranquila
que no despertará de su letargo eterno. . .

A orillas del camino, misteriosos y graves,
hablan, formando grupo, los patriarcas del mar;
los que nunca temieron al turbión en sus naves,
y que vuelven los ojos para vernos pasar. . .

El mar sus pebeteros enciende en los mariscos. . .
Llora una niña enferma que va dentro del coche. . .
Ante mí están el mar, el túnel y los riscos
que yo canté en mis versos de „Hacia Telde en la noche...“

Tiene el confin brumoso un encanto divino
a esta hora, en que el viento parece más sonoro;
mientras yo, en el carruaje que devora el camino,
voy forjando en mi mente un ensueño de oro. . .

Una ilusión aliento que mi entusiasmo aloca,
y es: volar, algún día, como una golondrina,
a una tierra lejana de esta atlántica roca,
perdida tras la comba inmensidad marina.

FERNANDO GONZÁLEZ

El sol vierte su oro sobre los campos muertos;
es el último alarde de un dios en agonía. . .
¡El sol, que hizo de fuego la arena en los desiertos,
se rinde a la amenaza de la noche sombría. . . !

El corazón me empuja hacia el hogar lejano
donde el regreso amado nuestra familia espera,
y mi ansiedad se hace mayor que el oceano. . .
y el camino más largo que su inmensa ribera. . .

El coche avanza, pero parece que no avanza;
tal ansia de llegar la calma me consume. . .
Va deshojando el viento la flor de mi esperanza
y se lleva sus pétalos lo mismo que un perfume. . .

Invierno de 1918.

EL REGRESO A LA CASA

A MIGUEL JORGE Y RODRÍGUEZ

EL umbral de la puerta de mi casa
he traspasado loco de contento,
y el hogar se ha llenado con el júbilo
de mi regreso. . .

Yo creía encontrar todo cambiado,
pero todo está igual.

 Mi pensamiento
sondea los rincones de la casa,
como un muchacho huraño y forastero.
¡Todo lo mismo está en la pobre estancia. . . !
¡Aquí la mesa en que yo hacía versos
mientras la buena madre me reñía
porque no me ocupaba en algo serio!

¡En esta estancia amiga
lloró mi corazón su sentimiento,
cuando mi padre, ayer, matar quería
mis ilusiones de chiquillo enfermo!

FERNANDO GONZÁLEZ

Y no obstante, el hogar que ayer tuviera
un ambiente severo,
esta tarde está lleno de sonrisas
y lleno de caricias y de besos.
Y la madre está alegre, y los hermanos
a mi lado se sientan, satisfechos
— como cuando un enfermo en casa había
y lo venía a visitar el médico — .
Me acosan con preguntas infantiles
los hermanos pequeños,
y el mayorcito me habla seriamente
de sus libros de estudio y del colegio.
Y yo acaricio sus cabellos rubios
con el tierno cariño de un abuelo;
y al más pequeño le reprendo, grave,
porque no asiste a clase y por travieso. . .

El pasado ha tornado a mi memoria
sembrando las simientes del recuerdo;
y hacia la infancia, por un rayo de oro
de esta tarde, se va mi pensamiento. . .
¡Oh, la cordialidad de esta hora pura!
El alma tiene sueño
y quisiera dormir, serenamente,
en la dulzura del hogar paterno. . .
Y yo le he dicho al alma mía: *Duerme,*
que los hermanos guardarán tu sueño. . .

1919.

LA VENTANA DE MI CASA

A RAFAEL SUÁREZ ANAYA

LA ventana de mi casa
está abierta sobre el campo.
Es una mirada fija
sobre los montes lejanos...

La casa parece el alma
de un cementerio. Los pájaros,
en las jaulas amarillas,
se han callado...

Y yo que soy de tristeza
y de recuerdos amargos,
con los ojos de mis días
me he puesto a mirar mis años.

... Yo enfermo. La casa sola.
Hasta el más pequeño hermano
ha salido. Desde el lecho
miro el sol sobre los campos...

¡Oh, sol, para los enfermos
eres el médico santo!

Mi madre ha llegado ahora...
Con la gracia de sus manos
me tocó la frente, ardiendo
de fiebre, y, cual a un ensalmo,

penetró en mí la salud
por un sendero ignorado...
Y yo abandoné la cama,
igual que un resucitado.

Mi madre se sonrió
y se me quedó mirando.
Yo me acerqué a la ventana
amarillo, demacrado,

para embriagarme de luz
por el celeste milagro...
Mi corazón hasta el sol
fué, por la „escala de un rayo“.

MANANTIALES EN LA RUTA

En el camino encendido
los ruseñores cantaron
a su paso, y los jardines
de músicas se llenaron. . .

Y el corazón volvió rojo,
más sencillo y más humano. . .

Mi padre trajo un puñal
para este viaje romántico:
sus palabras. — La ventana
está hablando con el campo —.

— Padre: la ventana espera
las jaulas llenas de pájaros;
esos pájaros de oro
que cuidan tanto tus manos. . . —

Por esta ventana, ayer,
mi hermana habló con su amado.
Yo, en estas tardes de invierno,
después del dulzor del *Angelus*,

con los ojos en el cielo
contemplo el divino parto
de las estrellas, que vienen
a mi corazón, su hermano. . .

1918.

FERNANDO GONZÁLEZ

*¡Les abriré el camino de la vida!
La luz, aún clara, de mi inteligencia
alumbrará sus pasos.*

*Y mañana
me iré, sin que me vaya, de la tierra...!*

Septiembre de 1918.

CANCIÓN DEL HERMANO VIAJERO

A IGNACIO PÉREZ-GALDÓS

LÁ PARTIDA

HOY está mi casa triste...
Anoche partió un hermano
a tierras desconocidas...
¡Salió del hogar cantando...!

En las sombras del camino
se ahogó el rumor de sus pasos...
Sólo a lo lejos se oía
la ternura de su canto

débil, casi imperceptible,
como un rumor ultrahumano.
Yo, desde la puerta abierta,
miraba a la noche, en vano,

FERNANDO GONZÁLEZ

por ver si retrocedía
por el caminito blanco
el buen hermano, ¡sediento
del amor de nuestros brazos!

¡Que Dios y la noche tengan
piedad de tu vida, hermano!
¡La casa espera tu vuelta
como a primavera el campo!

LA CASA

Esta noche está la mesa
dispuesta. . . Todos sentados. . .
Nadie cena todavía. . .
¡Ni los hermanitos blancos!

Mi madre nos mira, triste,
y dice, casi llorando:
— *¡Quizá me muera, y mi hijo
no vuelva!* . . . — Todos callamos. . .

Mi padre añade: — *Ya nunca
volverán a estar sentados*

MANANTIALES EN LA RUTA

*cenando, todos los hijos,
como anoche... — Sollozamos*

**interiormente... Los niños
prueban del instante amargo,
y hay en sus ojos — tranquilos
siempre — un ejercicio extraño...**

**¿Quién dice que han puesto hiel
en las copas y en los platos?**

**Hay un silencio angustioso...
El reloj está parado...
¡El reloj, que marca el tiempo
y nos señala los plazos**

**para el duelo y la alegría!
¡Si antes de marchar mi hermano
se hubiera parado el Tiempo
en el reloj de este cuarto...!**

EL CAMINO

Esta tarde, en el crepúsculo,
recorrí el camino blanco
por donde Andrés se fué anoche
entristecido, cantando,

y los árboles antiguos,
y las piedras del barranco,
y unas huellas que aún había
en el polvo, murmuraron

a mi paso el cantar puro
que anoche cantó mi hermano
entre las sombras, huyendo
del humilde hogar amado...

¡Dulce cantar esparcido
en la noche, sobre el campo,
que hablaba de un amor firme
y de un retorno temprano!

MANANTIALES EN LA RUTA

FINAL

**Hermano: Cuando regreses
al hogar abandonado,
los árboles del camino
y las piedras del barranco**

**pondrán en tu alma ternura
y en tus ojos pondrán llanto,
al repetir el cantar
que aprendieron de tus labios**

**aquella noche tan negra,
cuando el oscuro cortaron
mis manos, como cuchillos,
y el hogar quedó esperando**

**tu regreso, hermano mío,
como a primavera el campo. . .**

Enero de 1919.

EL PATIO DE MI CASA

A ELADIO MORENO DURÁN

EL patio de mi casa tiene un color violeta
en esta hora serena del crepúsculo triste. . .
Guarda mi corazón una pena secreta
que en la quietud del patio de negro se reviste.

Indalecia, la hermana de oscura cabellera,
como una monja humilde va regando las flores.
Es como si en sus manos fuera la primavera,
pues las plantas parecen revivir de colores.

Mis ojos, embriagados de ansiedad y locura,
se pierden en el turbio azul del cielo. . . Ahora
he sentido alejarse mi infinita amargura
cual una sombra negra que esfumara la aurora.

MANANTIALES EN LA RUTA

Y todos los recuerdos de mi lírica infancia
a mi mente han tornado por el mar del ensueño...
Yo he sentido en mi alma su divina fragancia
con una emperadora embriaguez de beleño...

La grandeza del sol y del mar y del viento,
y el dulzor de la paz, del amor y la miel,
no llegan a la cima donde está este momento,
ni tienen la potencia subyugadora de él...

Hay en mi corazón un camino de flores
por donde van y vienen mis visiones lejanas,
perfumadas de ensueños, aromadas de amores,
y llenas de sonora música de campanas.

Este camino tiene — como todo camino —
un sol de mediodía que se duerme en las rosas,
una fuente que dice un poema latino
y un chiquillo que corre tras de las mariposas...

Mi corazón ha abierto, con júbilo, las puertas
de este camino, sobre el patio adormecido,
donde juega la brisa con unas flores muertas,
que mi hermana Indalecia relegara al olvido.

FERNANDO GONZÁLEZ

Y el sendero se llena de un vendaval de gloria
que ahuyenta los fantasmas de la melancolía. . .
. . . Entre todas las rosas florece en mi memoria
la rosa milagrosa del recuerdo de un día. . .

Era cuando mi padre, una clara mañana,
hacia América abría su ruta: Tiernamente,
le dió un beso en la frente a María, la hermana
rubia, y a mí me dió otro beso en la frente. . .

. . . Luego pasaron largos días. . . Y una mañana,
la recia voz del padre se escuchó tras la puerta. . .
¡Todos le recibimos, menos la buena hermana
de los cabellos rubios! ¡María ya era muerta. . . !

Los ojos de mi padre, con mirada serena,
revelaron las cosas que los labios callaban:
que en su pecho anchuroso el amor y la pena,
como dos formidables enemigos, luchaban. . .

El amor, por hallarse entre los suyos, sano;
la pena, por hallar muerta a la preferida. . .
Pero como la muerte vence al remedio humano,
se decidió la lucha por los que eran en vida. . .

MANANTIALES EN LA RUTA

FINAL

Patio tranquilo, lleno de recuerdos y flores,
hoy me parece que eres mi corazón dolido;
yo quisiera inundarte de pájaros cantores,
de cariño fraterno y de amor sin olvido. . .

1918.

HOMBRES DE ESTAS TIERRAS...

A RAFAEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

HOMBRES de estas tierras atlánticas,
labradores que curte el sol,
que os burláis de las almas románticas
y del peninsular español;

Hombres de los semblantes rudos
y de las fuerzas bravas,
de los corazones desnudos
y de las conciencias esclavas;

Hombres que por estas praderas
dejan sus años y su afán,
y llenan las montañas de hogueras
la santa noche de San Juan;

MANANTIALES EN LA RUTA

Hombres de los ojos hundidos
y del caminar fatigado,
de todo el mundo conocidos
como de su buey o su arado;

¿Nadie cantará vuestra vida?
¿Nadie levantará su voz
para encomiar la mano fornida
que maneja la azada y la hoz?

Para cantar la mano diestra
en la ruda labor campesina;
¡la mano del labriego, maestra,
sin retórica y sin doctrina!

Mano que hace lo que siente
el alma bruta del gañán;
mano que siembra la simiente
que mañana nos dará el pan.

¡Oh manos de estos hombres sabios
en el lograr los frutos;
los del lunar junto a los labios
y de los bigotes hirsutos!

FERNANDO GONZÁLEZ

Los hombres que están siempre en guerra
con los estios tempranos,
¡que de tanto labrar la tierra
parecen de la tierra hermanos!

¡Sólo variaron sus destinos
aquellos que, retando al azar,
se perdieron por los caminos
ilimitados de la mar!

¡Aquellos que en la mar inmensa,
asombrados de soledad,
supieron que en el mundo se piensa
y que existe la libertad!

FINAL

¡Hombres de los semblantes rudos
y de las fuerzas bravas,
de los corazones desnudos
y de las conciencias esclavas;

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

incendiad el pinar añoso
que hay en vuestra imaginación,
¡y esperad! . . . Sólo muerte es reposo,
y en la vida ni aun es dichoso
quien tiene grande el corazón!

FERNANDO GONZÁLEZ

ELEGÍA DE LOS LAURELES

A LUIS DORESTE

LAURELES de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán;
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
el recuerdo sólo queda
ya, de vosotros, laureles de la plaza de San Juan.

Ayer, cuando yo era niño, bajo vuestra sombra grata
tuve un amoroso amparo para mis sueños primeros.
Bajo vosotros, al viento di la gentil serenata
que puso a mi alma en la ruta de los líricos senderos.

Por vuestro influjo mi alma fué toda ternura sana.
La savia de vuestros brazos tengo en mis venas, ardida.
¡Fuísteis la risa y el llanto de la olorosa mañana
de mi vida!

MANANTIALES EN LA RUTA

Erais el pasado vivo de cuatro generaciones
que a vuestra sombra aprendieron a amar, como amar debían;
y de vuestra reciedumbre nutrieron sus corazones
que ante vosotros, ya ancianos, como las rosas, se abrían.

Vosotros el adiós último disteis a los que se fueron,
cuando la brisa agitaba vuestros penachos de gloria,
y coronasteis las testas de los hijos que volvieron
con una estrella en la mano para clavarla en la Historia.

Todos supieron un día de vuestro amor de patriarcas
— cuando vagaron perdidos por caminos inseguros —,
y ante el sagrado recuerdo volcaron las hondas arcas
que encerraban el tesoro de sus cariños más puros.

Erais la alegría toda de la alameda florida.
Erais el orgullo nuestro y el prestigio de la raza.
¡Cuando en la guerra del tiempo quedó la ciudad vencida,
erais un resto guerrero que custodiaba la plaza!

... Y esta mañana ha temblado la ciudad, súbitamente...
¿Quién estremece las almas y el pueblo llena de espanto?
El corazón, angustiado, una tragedia presiente...
Hay un dolor que se mira en las pupilas sin llanto.

¡Son los laureles ilustres que el huracán ha vencido!
¡Están en tierra! ¡Sobre ellos el sol se deshace en oro!
¡Hasta la tierra parece quejarse en un vago ruido
y el propio viento en las ramas deja susurros de lloro!

Las campanas de la iglesia de San Juan lloran al viento;
los hondos valles devuelven, en un eco, su amargura. . .
Sobre el campo verdecido hay un estremecimiento
que de los árboles hace caer la fruta madura. . .

Ante los restos gloriosos hay un desfile de duelo.
Toda la gente ha venido, sollozando, esta mañana
a la plaza de San Juan, a contemplar en el suelo
¡a los que un día retaron a la estrella más lejana!

Mañana no quedará ni una sola rama vuestra,
¡abuelos, padres, hermanos, amigos y compañeros!
¡Hasta el último pedazo rajará el hacha siniestral
¿Iréis, como otros patriarcas, a sentaros a la diestra
de Dios, por algún camino tembloroso de luceros?

Laureles de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán,
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
¡el recuerdo sólo queda
ya, de vosotros, laureles de la plaza de San Juan!

LA HOGUERA ÍNTIMA

A ROSARIO

LA PRESENTIDA

SILENCIO. . . Esta mañana mi corazón te espera.
Vendrás a mí, no sé por qué extraño camino,
nimbada de oro y de azul de primavera,
con un manto en que el púrpura pone festón al lino.

El sol te anuncia. . . Dice tu claro nombre el viento.
La puerta de mi vida presiente tu llegada.
Para escuchar tus pasos se detiene mi aliento
y la ansiedad prolonga la luz de la mirada. . .

Serás buena y serena como mi alma. . . Tus manos
sabrán curar las llagas de todos los humanos,
con su magia sublime de bálsamo divino. . .

¡Para que te saluden en la mañana de oro,
yo he puesto cien campanas a orillas del camino
y en mi ventana el canto de un caracol sonoro. . . !

EL JÚBILO DE TU LLEGADA

EL sol anuncia que viene muy cerca la presentida!
¡Ya estoy oyendo el revuelo sonoro de cien campanas!
¡Siento que un hada franquea la cancela de mi vida
y arrojan los caracoles sus ecos por las ventanas!

¡Mi corazón solitario va a darte la bienvenida!

Serás una misma rosa para todas las mañanas
que deje a mi voluntad, de su fragancia, cautiva.
Serás para mí una hermana, como mis otras hermanas,
pero más halagadora y más comunicativa.

Tus manos sabrán sonar el clavicordio dormido
de mi corazón. Sus notas estremecerán las horas.
Serán tus dedos las flechas de la aljaba de Cupido:
llaves que a mis ojos ávidos abrirán puertas de auroras.

MANANTIALES EN LA RUTA

Yo era un mancebo extraviado por una selva profusa,
sin guía. Tú te presentas, de súbito, en mi dolor:
una mitad eres ángel; la otra mitad eres Musa,
discípula aventajada de la academia de Amor!

Eres una adolescente tímida, cordial y buena.
Tu voz sonará en mi oído con dulzura de panal.
Tienen tus ojos tranquilos fulgores de luna llena
y oigo en tu risa el acento de una flauta de cristal.

El sol de tu amor inunda de nueva savia mi vida.
Y hoy tiene mi alma el orgullo de ser tuya y de ser fuerte.
En celebración del acto tengo una hoguera encendida
capaz de matar las sombras del camino de la muerte.

¡Oh, cómo alegra mis horas el juguete de tus años!
¡Hoy juegan nuestros amores como dos niños pequeños!
¿No ves que en la red flexible de tus cabellos castaños
ya están, por no sé qué ardid, aprisionados mis sueños?

¡Déjalos salir al campo, que tienen sed de caminos!
¡Mi corazón en rehenes conserva, hasta su llegada!
Pues quieren, como las aves, cruzar por entre los pinos
y volver con la infinita cabellera perfumada!

FERNANDO GONZÁLEZ

FIN

¡Júbilo, porque a la casa llegó ya la presentida!
¡Aún suena sobre el camino la voz de mis cien campanas!
¡El viento y el sol se alegran en la puerta de mi vida,
y, en tanto, los caracoles resuenan en las ventanas!

¡Mi corazón, sonriendo, te ha dado la bienvenida!

LA CANCIÓN DEL AMOR PRIMERO

TÚ sabes que mi cariño
sólo a ti te pertenece.
Él es lo mismo que un niño
que a tu sombra se adormece. . .

En tanto duerme hoy su sueño,
dile una canción de cuna
que hable de un jardín risueño
en una noche de luna. . .

Una canción amorosa
temblorosa de ternura,
que sobre su carne rosa
ruede como un agua pura. . .

Canción de nieve y de plata,
canción de oro y de carmín,
que sea una serenata
perdida por un jardín.

La brisa matinal toca
sus arpas en el pinar;
de los labios de su boca
brota la miel del cantar:

*— Yo tengo un amor primero,
¡quién lo pudiera rimar!
Él es muy blanco y muy niño.
Tan dentro de mi alma está
que no hay manos en la tierra
que me lo puedan robar.
¡Antes robaran las perlas
de las entrañas del mar,
y hurtaran rosas de estrellas
en el jardín sideral!*

*El amor es un viajero
que no cesa de viajar.
¡Por los caminos del mundo
todos le han visto pasar!*

MANANTIALES EN LA RUTA

*¡Ay pobre del que pretenda
su camino interceptar,
que bendiciendo la mano
que lo mata, morirá!*

*Él llama a todas las puertas
y se sienta en todo hogar,
y bebe en todas las fuentes
y duerme en todo lugar.
Todas las penas del mundo
van dentro de su carcaj...
Él arrebató la dicha...
y da la felicidad...
Con el dardo que envenena
combate la enfermedad...*

*Por los caminos del mundo
todos le han visto pasar.
Lleva vendados los ojos
y ve todo su mirar...
Todos los pechos ha abierto
con sólo su voluntad;
todos los que de él huyeron
se le hubieron de entregar...*

FERNANDO GONZÁLEZ

*¡No hay alma que se resista
cuando él llama a su portal!
A mi alma llamó un día...
¡Fué tan dulce su llamar,
que las alondras del alba
se lanzaron a volar...!
Yo quise atrancar las puertas...
¡mas no tuve voluntad!*

*¡Yo tengo un amor primero!
¡Quién lo pudiera rimar...!
¡Si me arrebató la dicha...
me dió la felicidad...!*

SED

TENGO *sed, tengo sed!*, mi voz ardida
gritó a la vida, mi Samaritana,
y en un ánfora, al par tosca y pulida,
agua me dió a beber de su fontana...

Tanto bebí del líquido sabroso
que el pecho me abrasé; de tal manera,
que por un raro influjo misterioso
lo que era sed se convirtió en hoguera...

Indagué la razón de tal castigo...
¡Nadie me contestó! Solo, conmigo,
el corazón sus formas dilataba,

y en una interna vena que fluía,
agua y más agua sin cesar bebía,
¡pero su sed de amor no se apagaba!

EL BARRO DE MI CUERPO

EL barro de mi cuerpo
se diviniza cuando tú lo tocas.

¡Conserve Dios tus manos, que semejan
alas de mariposas,
para que eternamente me acaricien!

¡Conserve Dios tu cabellera blonda
— trival al medio día —,
para que en mi dolor de cada hora
tiemble sobre mi frente pensativa
como un sol que rodara por las sombras...!

¡Perennemente sean tus sonrisas
— flautas de caña con sabor de pomas,
que entre los pinos suenan —

MANANTIALES EN LA RUTA

las que entreabran los labios de mi boca
para decir: *mi juventud aún vive;*
mira: a mis ojos, sin querer, se asoma!

No les falta a tus ojos, infinita-
mente profundos, claridad de aurora,
cuando vigilan las andanzas mías
o los panales de mi amor custodian.
Ellos navegan por un mar de bruma
y en mi ribera tocan. . .
Yo les dí el oro de mi playa inmensa
y la amarga dureza de mi roca.
Así son claros cuando bien me miran
o negros cuando por mi mal se enojan. . .
¡Conserve Dios tus ojos, que acarician
lo mismo en el revés que en la victoria!

Mujer, llama y espuma,
condensación de las virtudes todas,
¡el barro de mi cuerpo
se diviniza cuando tú lo tocas!

FERNANDO GONZÁLEZ

AMOR

NO se salvará mi vida
de esta dolencia fatal,
porque es la mano homicida
la misma mano elegida
para que me cure el mal!

HOJAS DE ÁLAMO

A DOMINGO MASSIEU Y RODRÍGUEZ

INQUIETUD

A VÍCTOR DORESTE

Y has de partir, ¡mi nave!, que el horizonte es bruma
y un desierto la isla con sus doradas playas. . .
Te hicieron un juguete para mimar la espuma
y has de ser un juguete donde quiera que vayas!

¡Alma mía, mi nave! ¿Qué viento hincha tus lonas?
¿Quién te inició en el ansia de una tierra lejana?
¿Sabes si te es esquivia la playa que abandonas
y si serán mejores las que verás mañana?

EL RETORNO DE LA AMARGURA

A LUIS INGLOTT

I

OTRA vez ha venido la amargura,
y se ha sentado junto a la ventana!

¡Ella se fué de casa para siempre
en la azul santidad de una mañana...!

En el patio las flores
— era el otoño ya — se deshojaban,
y en las ramas desnudas de los árboles
— ¡oh corazón sin música y sin llamas! —
los pájaros de oro, sobre el campo
un surtidor de trinos desgranaban...!

II

Yo me acerqué a la puerta sonriendo
y la vista tendí por las montañas. . .

*Por el camino blanco
que entre chopos se pierde en la hondonada,
se marchó la amargura a luengas tierras
— pensé —; mi pobre alma
ahora estará tranquila para siempre. . .*

Mi corazón tembló con nuevas ansias. . .

El sol hacía las acequias como
culebras infinitas plateadas. . .

Luego senti temblar la casa toda
— hasta los viejos árboles temblaban —.

III

Cuando fui a bendecir la vez primera
que era feliz, en el hogar sentada
miré a la vieja, desgranada en risa,
que era a mi juventud una amenaza. . .
Mis ojos se cegaron de improviso,
cual si las sombras que el misterio abarcan
me los quisieran enturbiar. . . ¡Mis ojos
que son las dos ventanas de mi alma. . . !

FIN

El corazón y el pensamiento unidos
cruzaron la llanura y la montaña
buscando a los hermanos, y volvieron
con su pobre ilusión desjironada. . .
¿Dónde están los hermanos? ¿Dónde han ido
en esta nueva noche inesperada?
Hermanos, ¿no sabéis
que ha vuelto la amargura a nuestra casa,
y se ha sentado en el sillón antiguo
que madre puso junto a la ventana. . . ?

1918.

LA ÚLTIMA NOCHE
DEL NIÑO ENFERMO

A JOSEFINA DE LA TORRE

TODA la noche la puerta abierta!
¿Alguien ha entrado, mi dulce hermano?
— Sólo la brisa salvó la puerta. . .
¡Sentí su roce sobre mi mano. . . !

— ¿Nadie ha llamado por mí, hermanito?
— Nadie ha llamado, mi buena hermana.
Sólo vi un pájaro pequeñito
en el alféizar de la ventana. . .

— ¿Y no sentiste, mi hermano puro,
inclinaciones de ir a cogerlo?
— La casa estaba tan en oscuro
que tuve miedo sólo de verlo. . .

— ¿Nadie ha venido cantando amores?
— Nadie ha venido cantando, hermana.
¡Sólo unos perros madrugadores
sentí ladrando por la solana. . . !

— ¡Era la noche tan clara y bella!
— ¡Ya en el espacio no hay luz alguna!
— ¿Quién ha robado la última estrella?
— ¡Era la estrella de mi fortuna!

— ¡No tengas pena, mi dulce hermano!
¡Traerá la aurora tanta alegría!
— ¡Sobre mi alma tiene su mano
puesta una sombra borrosa y fría. . . !

En vano quiero lanzarme al viento. . .
Ser cual un ave de audaces alas. . .
Mas sólo vuela mi pensamiento. . .
— ¿Por qué, hermanito, tu queja exhalas?

— ¡Por qué aun no viene la limpia aurora!
— ¡De azul y oro vendrá vestida!
— ¡Conté la noche hora por hora,
por que se hiciera mayor mi vida!

MANANTIALES EN LA RUTA

— Ahora en el alma tengo un lucero. . .

— ¡Llena la casa de luz, hermana!

¡Que se ilumine todo el sendero! . . .

¿Quién me ha llamado tras la ventana?

¡Ya tengo miedo, y estoy contigo!

¡Atranca puertas y ventanales!

¡Que no se quede ningún postigo,
para que no entren los vendavales!

¡Llena de lumbre la casa oscura!

¿Dónde te escondes, hermana? . . . ¡Hermana!

¡Ay, que estoy solo con mi amargura
y están llamándome a la ventana. . . !

.

EL CONSEJO SABIO

A MANUEL VERDUGO

SE prudente, alma mía, mientras llega tu hora.
Dicen que el tiempo es largo si nuestra vida dura,
y no es bien que permutes por un posible ahora
mejor, la certidumbre de tu dicha futura.

Sabe que en lo voluble de esta existencia corta,
la prudencia es el alfa de la sabiduría;
que si nos ladra el perro de la envidia, no importa:
no llegará a la luna su rabia todavía.

Y dueño de esta sabia virtud, ve por la vida
como si atravesaras por una primavera.
Luzca en la noche humana tu lámpara encendida

y dele el tiempo honores de espléndida oriflama;
¡las mariposas negras vendrán hacia la hoguera
y harán sus vuelos últimos en torno de tu llama!

LA NOCHE ÚLTIMA DEL AÑO

A MIGUEL NOBLE UMPIÉRREZ

EL reloj ahora mismo marca las doce: Temo
a la sentencia de estos doce profundos sonos.
Ellos a muchas vidas ponen brutal extremo
partiendo en la cadena temporal, eslabones.

¿Cómo será el destino que ha de empezar mañana?
Mi mente enferma tiene temores de locura.
Sonámbulo o insomne me allego a la ventana...
¡Hay un siniestro signo sobre la noche oscura!

— ¿Por quién? ¿Es por mi vida?, digo, temblando, al viento...
Y cuando mi alma es presa de un mal presentimiento,
un gallo trasnochado canta en la lejanía...

Asoma a nuestros labios una sonrisa vaga,
mientras en las tinieblas nuestra inquietud indaga
y el alma a Dios implora la caridad del día...

1921.

FERNANDO GONZÁLEZ

HORAS AMARGAS

A JUAN MÁRQUEZ

MI vida ya no es vida, sino ilusión de andanza,
un dolor muy amargo y una pena muy fuerte;
un camino tortuoso sin rosas de esperanza,
con un silencio que habla al corazón de muerte.

Ya nada espero. . . Todo se fué sin ser venido.
¡Ya está la mar tan lejos de mi interior ribera!
¡Para mí en el espacio se quedó el sol dormido,
y para siempre, un día, murió la primavera!

¿Y ahora? . . . Peregrino sin sueños ni fortuna. . .
Andar y andar, seguro de que hallaré mi puerto,
con los ojos perdidos vagando hacia la luna
y el corazón, camino del lar nativo, abierto. . .

1919.

POBREZA

A JUAN BARRERA RAMIREZ

‘Qué caro me has costado, placer!’

JUAN R. JIMÉNEZ.

SABES que ya estoy pobre de sangre y de sonrisa,
porque cambié un momento voluptuoso y sonoro,
por un deleite — humo — y por un beso — brisa —,
mi juventud de fuego y mi salud de oro?

FERNANDO GONZÁLEZ

SAN JUAN

Para SEBASTIÁN PADRÓN ACOSTA

MI mente se imagina, de pronto, tu figura
junto a este arroyo, como en el Jordán, un día,
la gente de Judea miró tu mano pura
bañando la cabeza del Hijo de María.

Y ante mi vista surge tu varonil belleza
— ¡oh las purpúreas rosas de tu rostro encendido! —
¡Tu cuerpo de mancebo contrasta su grandeza
con la pobreza humilde del rústico vestido!

Mis ojos en la senda van buscando las huellas
de tus plantas, pastor de sagrados corderos,
por elección divina santo pastor de estrellas
que hoy vas, tras tu rebaño, por celestes senderos. . .

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

¡Tu voz estremecía los montes de granito
y sacudía el alma de toda Galilea,
cuando a las multitudes tu numen infinito
lanzaba la sagrada semilla de la Idea!

Y así el ídolo fuiste de la comarca entera.
Las gentes te adoraban y Dios te bendecía.
¡Y antes que la lujuria de Salomé venciera
a Dios, a ti y al mundo, por tu constancia, un día

tus ojos, dilatados por el asombro vasto,
de pronto, en un paraje de la amplia selva, han visto
cómo, a la sombra fresca de un viejo olivo casto,
María Magdalena daba aposento a Cristo!

FERNANDO GONZÁLEZ

INCERTIDUMBRE

A JUAN BETANCOR CALDERÍN

NO sé si estoy rodeado de engaño o de cariño.
En mí suenan tan gratas las palabras ajenas,
que, como tengo un alma sentimental de niño,
a estas personas creo, confiadamente, buenas...

Y como siempre tienen algún halago fino,
a un mismo tiempo a todos mi voluntad entrego...
¡No sé qué incertidumbre me asalta en el camino!
¿Voy, bajo la luz clara del sol del alba, ciego?...

1918.

CANTOS DISPERSOS

A CARLOS CRUZ

CANSANCIO

YO me canso del camino...
Sin embargo, hay que pensar
qué amargo será el destino
del que no tiene camino
que andar...

FERNANDO GONZÁLEZ

DESESPERANZA

ESTO sí que no lo cura
la sapiencia de un doctor:
esto es una quemadura
de Amor!

MELANCOLÍA

LA tarde se está poniendo
triste. . . ¡Sabe Dios qué pena
se están bebiendo las horas
en la copa de la niebla!

FERNANDO GONZÁLEZ

JUGUETE

ES un juguete la vida:
la misma mano de Dios
que nos la da nos la quita!

HUMILDAD

YO no puedo decirte:
„esto me pertenece“, ni „esto es mío“;
¡todo lo que yo tengo
casi no llega a ser yo mismo!

FERNANDO GONZÁLEZ

LA BOCA

TIENES la boca chiquita:
me la imagino un rosal
que floreciera sonrisas.

CONSTANCIA

MI amor es como el árbol
— firme —, como la piedra;
que donde lo plantaron
o arrojaron, se queda.

DEVOCIONARIO

A NESTOR

EN LA TRANSMUTACIÓN DEL MAESTRO

TOMÁS MORALES

† 15 Agosto 1921.

I

EN el regazo ardiente de la ciudad dormida,
cuando sobre las cumbres se iba a poner el sol,
HAN QUEBRADO LAS PARCAS LA HILAZA DE UNA VIDA,
PRESTIGIO DE LOS DIOS, DE LAS MUSAS AMOR. . .

Frente a la mar atlántica — bajel donde su gloria
ha de surcar las ondas de las Eternidades,
donde un rumor perenne conserva la memoria
del hijo primogénito de las Divinidades —,

¡murió el cantor amado del Bosque y de la Mar!
¡Calló la voz solemne del rapsoda divino,
que supo entre las redes del sueño aprisionar
el tesoro secreto del corazón marino!

F E R N A N D O G O N Z Á L E Z

¡Ante el dolor profundo calle la lengua humana!
— Nadie su voz levante frente a Alcides, dormido,
que cada nuevo día despertará mañana
por continuar el arduo trabajo suspendido. . . —

Mirad cómo las cumbres no dicen su amargura,
mientras que sus entrañas conmueve un huracán,
y apenas riza el viento la comba azul llanura:
¡todos los elementos con nuestro duelo están!

II

Frente al vital fracaso la esperanza perdura. . . —
¡No ha muerto! Por un bosque lleno de rosas bellas,
cortejado de dioses, adentró su figura
nimbada de una intensa fulguración de estrellas.

Y en el silencio inmenso del paraje nocturno,
entre chafar de hojas y aromas de rosales,
pasan, desafiando las iras de Saturno,
con el poeta augusto, los dioses inmortales.

MANANTIALES EN LA RUTA

Se oyen sus claras voces vibrando entre el ramaje
de la amplia selva. Apolo comienza su cantar,
cuando el recinto invade, cual bárbaro homenaje,
la bronca sinfonía del júbilo del mar.

Pan a sus labios lleva la flauta cristalina,
su son llena los cuatro sentidos cardinales,
y hace temblar el alma pétreo de la colina
donde tienen su asiento los dioses patriarcales. . .

Y mientras Diana bella, mirando al dios, suspira,
Apolo, arrebatado de lírica bravura,
tañe, como un mancebo, la melodiosa lira,
¡tal, que se le creyera tocado de locura!

Viola su canto el virgen silencio del bosque;
sobre los cuatro vientos la novedad pregona;
dice su voz: — *Ha vuelto de su terreno viaje
el vástago heredero de mi imperial corona* — .

De pronto, suenan voces de gente que camina
al centro de la selva; donde, el gentil Cantor,
bajo la espesa fronda de milenaria encina
tiene a la esquivada Diana prendida de su amor.

¡Son los dioses! Se acercan con temeroso paso.
— ¿Por quién rompen — preguntan — la perennal quietud?
— ¿Hay algún astro nuevo temblando en el Ocaso?
— ¿Es un nuevo secreto de eterna juventud?

Todos indagan; todos ven al Desconocido
curiosamente; alguno, de un vago modo, evoca
en él la gentileza de un joven dios perdido,
que era alma de oceano y corazón de roca.

*Y Apolo dice: — Triunfo de mi existir doliente,
ha vuelto el hijo pródigo a los paternos lares
de su excursión audaz por tierras de Occidente,
sobre las jadeantes espaldas de los mares.*

*Yo le creí perdido; mas al Ocaso vino
teniendo una guirnalda de rosas en la mano,
¡fuerte!, y encadenada la gloria a su destino,
con el poder divino y el atletismo humano. . .*

*Por su retorno sea colmado de tributos,
frente a la mar que canta y al bosque que suspira,
y en tanto que se aportan los varios atributos,
yo coloco en sus manos la gloria de mi lira. . . —*

MANANTIALES EN LA RUTA

**Dice, y su voz domina todas las voluntades.
Cada uno el presente de su atributo apresta,
y hay en los rostros graves de las divinidades
un resplandor de llama y un júbilo de fiesta. . .**

**Marte el primero avanza; a sus bravas legiones
hace presentar armas ante el triunfal caudillo;
Eros trae un carcaj para los corazones,
y Vulcano su fragua, su yunque y su martillo.**

**Pomona porta un cesto de frutas olorosas;
Baco preside el cuadro de sus vendimiadores
que, CUBIERTAS CON PÁMPANOS LAS PARTES PUDOROSAS,
muestran los prietos frutos de sus viñas mejores. . .**

**Ceres hace el presente de sus trigales de oro;
Minerva da la clave de su sabiduría;
Mercurio trae la bolsa que guarda su tesoro,
y Momo la sonrisa de su eterna alegría.**

**¿Y Diana? ¡Nada ofrece! Absorta y distraída
en la contemplación del Bardo, deleitosa,
no habla, hasta que Apolo, con elocuencia ardida,
la mueve a que formule su oferta. . . Presurosa,**

Diana reclama el cuerpo del joven dios humano:
siente su carne inquieta de comezón lasciva,
y ella, que es vencedora de Zeus soberano,
tiene el alma, en el gesto del Rapsoda, cautiva.

Todos los ojos miran, extáticos, a Diana;
que al dios, en un acceso de voluptuosidad,
frenética y desnuda, ¡tal como una manzana
quiere entregarle el fruto de su virginidad!

Tal, cuando de la parte del mar, Venus asoma
anunciada por suaves tonadas de sirenas,
que mientras ella asciende por la ondulada loma,
tienden sus sonrosadas carnes, en las arenas.

Los dioses se contemplan estupefactos: clama
Diana la posesión viril del dios mancebo,
y se abraza a su cuerpo cuando Venus le llama,
y él adelanta el paso, a un desposorio nuevo. . .

La confusión se adueña del concurso divino.
Venus y Diana luchan. . . Y EN MEDIO, EL DIOS; SERENO.
Helios a rodar echa su carro matutino,
y Eolo a sus violentos vientos desata el freno.

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

**En la playa, Neptuno sobre su esquife espera;
sirenas y tritones forman alegoría;
y, mientras en la selva sigue la lucha fiera,
como un fastuoso manto que todo lo envolviera,
sobre la mar se tiende la clámide del Día. . .**

FERNANDO GONZÁLEZ

EN LA MUERTE DE ANTONIO SÁNCHEZ

6 de Febrero de 1920.

HOY se durmió el mancebo del espíritu esquivo
a todo ruin oficio y a toda acción villana;
él, que fué el sostén de su pobre hogar nativo
y hubo de hacer de padre desde su edad temprana.

Bebió del agua pura del bienestar, un día . . .
El alma tuvo siempre de par en par abierta . . .
Callaba ante el fantasma del hambre, y sonreía
junto al sepulcro abierto de su esperanza muerta . . .

Iba pálido siempre, solo y meditabundo,
cual si tuviera encima todo el peso del mundo . . .
¡Murió! Su cuerpo llevan por caminos rurales,

mientras su alma, libre de la opresión terrena,
irá vagando ahora, de toda gracia plena,
por los claro-lumínicos laberintos astrales . . .

EN EL TRÁNSITO DE FEDERICO JAIMEZ

AQUEL amigo amable, como un niño pequeño,
que al jardín de mi afecto llegó el último, un día,
anoche se hizo al Mar en la nave del sueño
y nos dejó el recuerdo y la melancolía.

¡Mancebo peregrino de lo desconocido
que sin temor avanzas entre los vendavales,
que a tu alma nunca lleguen las aguas del olvido
ni sepas de las pobres miserias terrenales!

La nave negra cruza por el mar misterioso;
y en la quietud se oye el rumor silencioso
de un hada que a ti viene, nimbada de virtud.

Llega en un bajel blanco, navegando de prisa. . .
Tú saludas su encuentro deshojando en la brisa
tu juventud de oro. . . ¡que ya no es juventud!

1919.

ELEGÍA MENOR

ERAS tan bueno como el pan y el vino,
y como el agua y el cariño, puro.
¡Por eso te quedaste en el camino
sin abrir las ventanas del futuro!

Fuego de Dios tu voluntad tenía,
mas fué la suerte, esta ocasión, tirana.
¡Era tu juventud, como la mía,
en el volar del tiempo, tan liviana!

Era tu vida tan callada y pura,
tan pobre y tan amarga y dolorosa,
que fué la muerte tu mejor ventura. . .

Esta clara mañana dolorida,
¡Ella te libertó el alma de rosa
de la cruel cadena de la vida!

JUAN

JUAN: hermanito rubio del pensamiento mozo,
que tiembles ante el hondo secreto del mañana,
cuando me miras llenas mi corazón de gozo,
como si al sol abrieras su nocturna ventana.

Eres la concreción de mi ideal perfecto.
— ¡La bendición de Dios en tu infantil figura! —
En el escalafón del familiar afecto
tiene tu limpio nombre la primogenitura.

Aunque al amparo de una más venturosa estrella,
eres en mi camino como mi propia huella. . .
Cuando en la noche larga de la inquietud me pierdo

y ya no encuentro un punto donde apoyar mi mano,
tú llegas a mi alma viajando en el recuerdo
y rasga mis tinieblas tu hachón de luz: „¡Hermano!“

A SAULO TORÓN, POETA

*Con motivo de su libro
LAS MONEDAS DE COBRE*

SAULO Torón: hermano del buen sol de la tarde
el hijo más amado de mi pueblo nativo,
por la celeste hoguera que en tu cerebro arde
está mi pensamiento libertado... y cautivo.

El mar te dijo un día su secreto romántico
y tú al mar le dijiste tu secreto de oro,
y así fué el mar poeta y el poeta fué Atlántico:
únicos guardadores del más bello tesoro.

Lanzaste tus MONEDAS DE COBRE, peregrinas,
a recorrer el mundo, como las golondrinas;
y han vuelto del color del gran disco solar.

Apolo, el sacerdote, entra en su templo regio
llevándote del brazo, y ante el concurso egregio
alza por ti su copa delante del altar.

1919.

AL POETA CLAUDIO DE LA TORRE

CLAUDIO: tu corazón ayer tenía
una ternura tan profunda y bella,
que cuando en tu exterior aparecía
daba una vaga irradiación de estrella.

Y eras, señor de la sonrisa breve
y los físicos gestos ordenados,
un sembrador en páramos de nieve
y un cosechero de ideales prados. . .

Tú, que triunfante en todos tus afanes,
hermanas, en un raro ayuntamiento,
la aristocracia de los ademanes
y la nobleza del comportamiento.

Mas, alumbrado de divina gracia,
de reflexivo espíritu poseso,
has puesto, en tu social aristocracia,
un atinado límite al exceso.

Cultor del verso complicado y puro
y del diáfano vasto pensamiento:
un excelente avance del futuro
lírico, en la zozobra del momento.

Era tu voz cordial y silenciosa
— tan llena de recóndita armonía —
una protesta de la vulgar prosa
y un hondo fondo de filosofía.

Y abandonando la actitud nativa
— caliente madriguera de virtudes —
entregaste tu alma sensitiva
a la rapiña de las multitudes.

Las acritudes de la nueva ruta
han de servir, en tu destino cierto,
para endulzar y madurar la fruta
que es el orgullo del interno huerto.

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

**Mirándote triunfar en tus empeños,
nuestro espíritu mozo se imagina
gustando los manjares de esos sueños,
como la más preciada golosina. . .**

**Pues si dulce frutal ayer nos diste,
sobre hojas verdes de la rama sana,
una mejor ofrenda prometiste
cada nueva ocasión, para mañana. . .**

**Y mientras llega el destinado día
— mayo de gloria y en vital verano —
hacia ti avanza la palabra mía
toda temblando de emoción de hermano. . .**

CUADROS INSULARES

A JOSÉ HURTADO DE MENDOZA

LA ALDEA DE JUNTO AL CAMINO

Para ANTONIO ZEROLO

LOVIZNA. Entre la niebla la aldea se adivina.
Están todas las puertas cerradas. Hace frío. . .
En brazos de la tarde la noche se encamina
sobre la centenaria quietud del caserío.

La ermita blanca sueña, y el breve campanario
está esperando la hora del *Angelus* divino,
para poder fugarse al campo solitario
y hablar con los viajeros que cruzan el camino. . .

Sin ilusión de nada, sin inquietud alguna,
mimada por el sol y amada por la luna,
tiende en el agrio valle su pereza africana. . .

Y así, indolente y ruda, se ofrece a mi quimera
como una resignada campesina que espera
al novio que, ha tres lustros, partió para la Habana.

Jinámar (Telde).

EL CAFETÍN EN FIESTA

A FÉLIX DELGADO

FRENTE a la mar en sombras, el cafetín en fiesta
está en la noche clara y ardiente de verano.
No hay más ruido en la noche que el viento en la floresta
del parque, y el voluble rumor del oceano.

Dentro, las prostitutas dan su pena al olvido
cantando. Un mozo sirve vino del Monte, claro,
a unos hombres errantes. El cafetín es nido
para los que a la Noche solicitan amparo. . .

Víctor Doreste ocupa la banqueta del piano:
bajo la danza ilusa de su nerviosa mano
surge su *Fiesta Mayor en la Catedral*.

Y los ojos, nublados por la amorosa curda,
ven destacarse, al fondo del cafetín, la absurda
silueta de Gregorio García Puigdeval. . .

Las Palmas.

LA CIUDAD A MEDIA NOCHE

A PEDRO LÓPEZ BRITO

VAMOS a media noche por la ciudad desierta.
La noche está sin luna. Las estrellas lejanas
alumbran nuestros pasos en esta andanza incierta,
con esa bondadosa piedad de las hermanas.

Las horas pasan. Nadie por la ciudad transita.
El viento, como a un alma, sacude los cristales.
Un perro trasnochado queriendo ladrar, grita,
y han un temblor extraño las luces siderales.

Y cuando nos cansamos de andar en la negrura,
por el silencio húmedo de una calleja oscura,
los ojos, negligentes, logran mirar, al fin,

como un ser fugitivo de algún mundo lejano,
con una capa rota y una luz en la mano,
la sombra de Fernando Díaz y Calderín.

Telde.

EL MUELLE VIEJO

A FRANCISCO DE ARMAS

EL sol sobre las cumbres bermellón y oro amasa.
El cielo azul enciende su vespéral lucero. . .
Rozando las paredes de las tabernas pasa
la figura romántica de Domingo Rivero. . .

El muelle viejo tiene para toda esa gente
que ya acabó de hilar su lino de ilusiones,
calor de hogar. . . De niños vieron partir a Oriente
las olímpicas velas de las embarcaciones.

Aquí Tomás Morales sintió su Mar, un día,
mientras entre unos viejos alguna historia oía,
con la mirada fija sobre la mar azul;

creyéndose, en un raptó lírico de poeta,
EL CAPITÁN NORUEGO DEL BERGANTÍN GOLETA
QUE ZARPÓ UNA MAÑANA CON RUMBO A LIVERPOOL. . .

Las Palmas, 1920.

UN HOMBRE

A JUAN RODRÍGUEZ YÁNEZ

ERA un aventurero. Se enamoró de una brava doncella. Hablaban de noche en la cocina, mientras mostraba un gato sus dientes a la luna y en el hogar hervía la cena campesina. . .

Casóse. . . Y cuando supo que antes un vago dueño gustó en su nueva hacienda del máspreciado fruto, le arrebató la vida con su cuchillo isleño, interiormente César y exteriormente Bruto.

Fué procesado. Un día la cárcel del partido le vió salir absuelto del crimen cometido. El era oriundo de uno de los pueblos del Sur.

Fletó para la Habana su vida aventurera: murió en el naufragio del vapor *Valbanera*. Y se llamó Alvarado, Martel o Bethencourt.

LA TABERNA DE «LAS CRUCES»

A F. OJEDA BENÍTEZ

UNA sacerdotisa de la impudicia
en la taberna muestra su frente cana,
y a las ingenuas mozas del barrio inicia
en el misterio bíblico de la manzana.

Para los perseguidos de la justicia
tiene, en la noche el antro, calor de hermana;
aquí el salvaje instinto del hombre oficia
y la mujer alienta la escoria humana.

Entre innobles cantares y borracheras
bailan los asesinos y las rameras. . .
¡Gentes son que con armas, puños y gritos

ponen fin a las causas de sus querellas,
y en plena calle sacian sus apetitos
bajo el silencio cómplice de las estrellas!

BRASAS ENTRE CENIZAS

A ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

LOS CAMPESINOS

ESTOS son, alma mía,
los hombres que asistieron al entierro
de aquella pobre enferma que tenía
mi corazón vagando por sus sueños!

Sobre sus recios hombros
le hicieron el camino verdadero. . .

¡Bien saben que mañana
otros le harán igual camino a ellos!

SILENCIO

A LEÓN FELIPE

SILENCIO...
¡Casa vacía!
Nadie vendrá a buscarme
con caricias;
todas vendrán
con la mano cansada y fría.

Se llevó el viento
las sonrisas
de los labios alegres...

Cada día
se hace el dolor más grande
y más corta la vida...

Hoy pararé el reloj
que me cuenta las horas y los días...

A N A N T I A L E S E N L A R U T A

**Cuando me muera, quiero
morir mansa y tranquila-
mente, como si nunca
— que todo menos el dolor se olvida —
mi carne hubiese sido el lobo hambriento
que se tragó la copa cristalina. . .**

**¡Mi vida era la copa,
y dentro el oro juvenil tenía! . . .**

DINERO

DINERO que yo no tengo,
dinero que tú tendrás;
ensueños que yo poseo
y que tú no poseerás.

Un día nos moriremos,
nos llevarán a enterrar:
serán las fosas iguales
y la tierra será igual.

Se harán ceniza tus manos,
las mías también se harán:
las tuyas de gastar oro,
las mías de no gastar. . .

Será polvo tu cabeza,
la mía polvo será:
la tuya de pensar poco
y la mía de pensar. . .

MENDIGO

A JOSÉ HERNÁNDEZ AMADOR

MENDIGO que me sales al camino
y me alargas la mano
para que yo confirme tu pobreza,
¡Dios te dé mejor suerte cada día!
Yo tengo juventud, yo tengo sueños
de oro. El mar es mi camino. Amo
las rosas frescas y las noches claras.
El alma mía es fuente de ternuras,
mi corazón maestro de bondades.
¿Es algo de esto lo que tú me pides?
¡Porque no tengo cobre, no lo tuve,
ni lo tendré jamás!

¡Mendigo anciano,
tu mano prolongada hacia mí, es una
ironía formal! Somos iguales:
tú tienes plata en la cabeza, fuera;
yo tengo oro en la cabeza, dentro.
¡Sólo nos falta el cobre! ¿Te sonríes?

FERNANDO GONZÁLEZ

NOCTURNO

A RAMÓN GIL-ROLDÁN

ESTA noche en el cielo ni una estrella fulgura. . .
Por la espesa arboleda pasa el viento temblando
Hay una luz corriendo por la montaña oscura
y unos niños que llaman a su madre, llorando. . .

Caravanas de sombras van cubriendo el camino. . .
¡No hay un gallo que cante, ni una esquila que suene!
¡En el aire hay un algo misterioso, que tiene
para el alma el temblor de un puñal asesino. . . !

Mi corazón, en vano, sosegarse pretende. . .
¡Una luz que se apaga, otra luz que se enciende
y se extingue! ¡Así una sucesión infinita!

El rosario en las manos, reza una anciana el Credo.
¡Por el campo los perros van aullando de miedo,
y el océano, al paso del demonio, se agita!

1918.

PERROS DE LOS CAMINOS

A TINO DORESTE

PERROS de los caminos,
hoy viene al campo vuestro amigo a veros.

El alma mía tiembla como un niño,
pero tiembla de amor y no de miedo.

¡Amigos míos, puros,
amigos verdaderos!

Si yo tuviera el corazón más sano
lo pusiera a cantar en el sendero,
perros de los caminos de los campos
que saludáis, ladrando, a los viajeros.

¡Viajeros de la tarde y de la noche,
peregrinos del sol y del misterio!

Perros de los caminos,
hoy vino al campo vuestro amigo a veros.

¡Vuestros ladridos esta tarde tienen
un ritmo de canción para mi ensueño!

CAMINOS DE LOS CAMPOS

Para ADOLFO MIRANDA BAUTISTA

CAMINOS de los campos, florecidos
de recuerdos de antaño y flores nuevas,
llenos de sol y de silencio, blancos
entre el color negruzco de la tierra!

¡Caminos por donde iban
mis abuelos al campo, a buscar hierba
para las vacas de sus gañanías,
sobre los lomos de las mulas viejas,
y por donde volvían a la noche,
mozos: cantando coplas de tristezas;
viejos: fumando en unas largas pipas,
soñando con la casa y con la cena!

¡Vosotros, caminitos
de labradores y de lavanderas,
los oísteis hablar y los mirasteis

M A N A N T I A L E S E N L A R U T A

ir y venir sobre esta misma arena,
tranquilos de su estado,
sanos de cuerpo y limpios de conciencia!

¡Otro camino se los llevó un día
hacia un celeste campo!

Alguien espera
en la casa el retorno de ese viaje. . .
¡Cuando, a la noche, la familia cena,
en nuestra mesa hay un lugar vacío
para algún familiar, que nunca llega. . . !

1919.

ALIENTO

A PEDRO PERDOMO ACEDO

LA tempestad se rinde y la esperanza
surge de su derrota. . .
Hay que aguardar el alba
para apresar el águila caudal de la victoria.
El alma está, como unos ojos, fija
en la oportuna hora. . .
Espera y calla; el pensamiento clava
sobre las rocas bravas de la costa,
y mira abajo, al mar:
Sobre la playa
revuelan las gaviotas. . .

¡Contra los arrecifes de la noche
lucha la nave blanca de la aurora!

EMOCIONES PEREGRINAS

Para ANTONIO MACHADO

EL PENSAMIENTO SOBRE EL MAR

SOBRE el mar esta noche
se ha perdido, soñando, el pensamiento.
¿Ha perdido su ruta
o ha encontrado el camino verdadero?

Su retorno a la playa
lo anunciarán el mar y los luceros,
con un silencio hondo
y un derramar de lumbre por los cielos;
o habrá borrasca sobre el agua, y sombra
y sombra. . . y sombra, en el espacio inmenso.
¡Según la buena o mala
nueva que traiga al alma en su regreso!

TODO

MAS todo, hermana mía,
será para nosotros como un sueño.
Se perderán los árboles de oro,
y hurtará Dios al sol los claros fuegos
para encender las lámparas astrales,
y se hundirá en la niebla el pensamiento. . .

¡Y acaso algún lucero nos sorprenda
a media noche hablando con el viento. . .!

Y HE DE LLEGAR UN DÍA

Y he de llegar un día
hasta tu hogar, pidiéndote posada. . .
¡Yo, que te he dado el cobre que posees
para evitar la ruina de tu casa!

¡Bien sé que en el camino de mi vida
algún ladrón ha de robarme el alma!

ÁNFORA

Mi alma es esta noche
un ánfora de sueños y de estrellas.

Hasta el final de toda ambición mía
cada sueño me lleva,
y las estrellas de oro son caminos
por donde el alma va hacia Dios, abierta.

LA CARNE SE DESHACE

LA carne se deshace
y la noche es eterna.

Tú llegas al umbral en busca mía;
yo voy buscando a mi alma en las tinieblas.

Cuando llegues a mí,
seré polvo en el polvo de la tierra.
Cuando yo llegue al alma que me guía
será una sola noche sin estrellas. . .

LA BARCA AZUL

HAY una barca azul que ahora navega
por el sereno mar de mi memoria.

¿Adónde va? ¡Quién sabe!

¿De dónde viene?, el alma me interroga.

Yo le pregunto: ¿qué eres? Y el silencio
murmura: ¡No te importa!

PARA TI, VIENTO FUERTE

PARA ti, viento fuerte,
viento del mar y viento de la tierra,
— camarada de nuestro pensamiento —
todas mis ilusiones y mis penas,
en un cantar amargo
que tenga miel en la garganta ajena!

EL FINAL DE LA RUTA

EL FINAL DE LA RUTA

A QUÍ empieza la noche; aquí acaba la ruta. . .
¡Detente, caminante;
que interrogue tu alma la tiniebla absoluta
que se extiende delante
de tí

¿Sabes en dónde su límite termina?
¿No ves cómo, abrazando la pavorosa entraña,
hay una sombra enorme que sobre ti se inclina,
en cuya diestra mano sin formas, se ilumina,
como una media luna siniestra, una guadaña?

¿Vuelves los ojos? Mira:
todo de nieblas densas tu alrededor se llena. . .
¿No oyes en los silencios un alma que suspira
porque le han libertado de la vital cadena?
¡Querer retroceder es en vano! La ruta
la han desaparecido los rudos temporales. . .

FERNANDO GONZÁLEZ

**Se han cerrado las puertas de piedra de la gruta
e intentar salir de ella será inútil empeño. . .**

**¡Sólo un remedio puedes hallar para tus males!:
¡Beberte el acre vino de tus viñas carnales
y entregarte a la Nada todo embriaguez o sueño...!**

En la Isla de Gran Canaria.

ÍNDICE

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
A Fernando González, por Tomás Morales. . .	5
Homenaje.	9
Sembrador.	11

LOS HERMANOS

Ayer	15
Hoy.	16
Mañana.	17

VERSOS DEL CAMINO, DEL HOGAR Y DEL PUEBLO

La carretera blanca.	21
El poeta regresa enfermo.	24
Camino del pueblo nativo	30
El regreso a la casa	33
La ventana de mi casa	35
Palabras de mi padre.	38
Canción del hermano viajero	41
El patio de mi casa.	46
Hombres de estas tierras...	50
Elegía de los laureles	54

LA HOGUERA ÍNTIMA

La presentida	59
El júbilo de tu llegada	60
La canción del amor primero.	63

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28 - MADRID
EL DÍA 26 DE MARZO
DE 1925.



PRECIO: 4 PESE